

A

COMENGE!

Biblioteca Prov.^{ta} Univ.^{ta}

MEDICINA

BARCELONA

2
ge

R 61:92

Comenge

ROD



61 (Comenge) 92



NECROLOGIA

Biblioteca Prov^{al} Univ^{ria}
MEDICINA

BARCELONA





BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700393005

NECROLOGÍA
DEL
DOCTOR LUIS COMENGE
Y FERRER

ESCRITA Y LEÍDA POR EL ACADÉMICO

DOCTOR
D. RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ

EN LA
REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
DE BARCELONA

SESIÓN EXTRAORDINARIA
DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1916

PUBLICACIÓN
COSTEADA POR LUIS DE LA TAPIA

Biblioteca Prov^{al} Univ^{ia}
MEDICINA

BARCELONA

Dr. Rosalvo Nouva

BARCELONA

TIPOGRAFÍA «LA ACADÉMICA», DE SERRA H^{os} Y RUSSELL
RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO A-861

1917



R. 175332

NECROLOGIA

DOCTOR LUIS DOMENGE
Y FERRER

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE FERIA

D. RAFAEL RODRIGUEZ MICHES

DE LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS

DE VALPARAISO

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

Biblioteca José Luis

Medicina

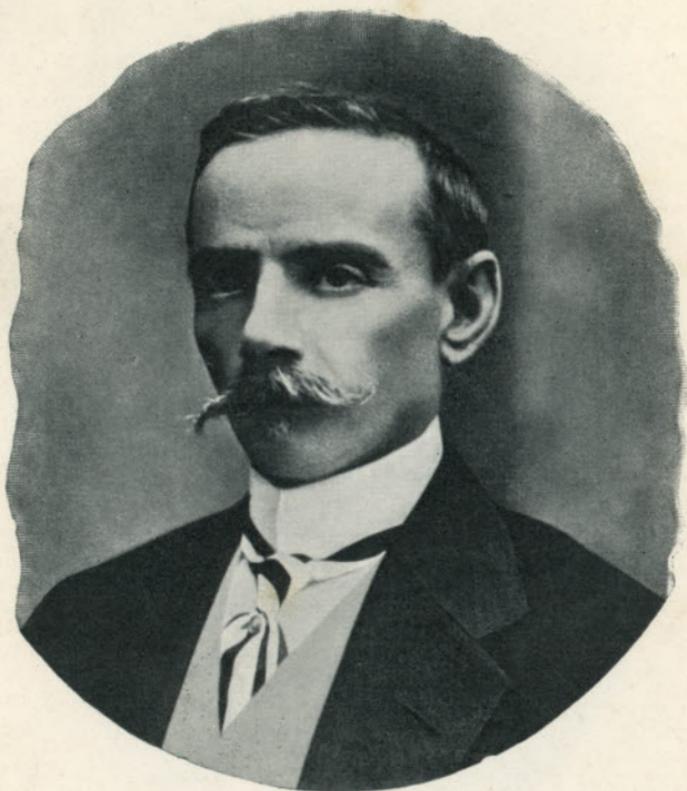
Neurología

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

DE LA



EXCMO. SR. DR. D. LUIS COMENGE Y FERRER

17 FEBRERO 1854 — 12 ENERO 1916



DR. D. RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ

AUTOR DE ESTE TRABAJO

AL DOCTOR

D. R. RODRÍGUEZ MÉNDEZ

*el más enérgico y adicto biógrafo
del doctor Comenge, de quien me
honraba siendo entenado y siempre
adoraré como cariñoso padre, le
dedica esta modesta edición aparte,
de su hermosa y perisísima labor,
su ferviente, respetuoso y agrade-
cido amigo*

Luis de la Tapia

AL DOCTOR
D. P. BARRAGÁN

En esta ocasión y obede-
ciendo a las órdenes de
nuestro Comandante de
armas, he tenido el honor
de dirigirme a usted para
que se sirva de ser
de su honor y de su
suerte, quedando a
disposición de su

Comandante

Preámbulo

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE :

SEÑORES :

Tan grande ha sido la vida de Comenge, tan complejas y abundosas sus manifestaciones intelectuales, sentimentales y volitivas, que en justicia merecen, no un discurso, sí un libro de gran número de páginas ; y merecen también un hombre de gran valimiento para el relato, no el que ocupa este puesto.

Lo primero significa una reducción enorme de la vasta tarea, y significa una perplejidad insuperable, que no es hacedero deslindar qué es lo que debe decirse y qué es lo que pudiera callarse. La masa es homogéneamente buena, y en ella no caben distingos sino cortes arbitrarios, hasta que quede reducida al volumen compatible con esta sesión de homenaje.

Lo segundo, mi presencia aquí, marca un ciego obedecer a los deseos de la Academia y una prueba más del intenso afecto y gran admiración que hacia Comenge sentía y siento.

Ambos hechos pueden disimular parte de mis deficiencias, que no es posible ocultarlas todas. Me da pena por él, por los suyos y por nuestra Corporación. Desde este punto de vista, mi dolor puede despertar algo de simpatía, pero dista no poco de una absolución completa.

A falta de medios propios, he buscado por todas partes recursos ajenos, que me han concedido en abundancia. De otros será lo que haya aquí de bueno : lo mediano y lo malo es mío. Quedará, a lo menos, bienquista mi voluntad.

Dos defectos hay en mi trabajo : que no es completo y que no está libre de equivocaciones, pues los datos son en ciertas ocasiones contradictorios y tal vez no haya sabido en todo caso seleccionar lo que era exacto.

Para hacer más sencillo mi cometido, divido este estudio en cuatro secciones : las tres primeras son el *psiquismo*, un ligero *bosquejo biográfico* y las *obras y cargos* de Comenge ; la cuarta, las *recompensas* que recibiera. En un apéndice incluyo varias *notas*, que amplían varios conceptos del texto.

Entro en materia.

Su psiquismo

Bajaba un día Pasteur de hablar con el célebre físico Bertin y en la escalera encuentra a Barrier. « Vengo de consultarle, le dijo. Una Sociedad me ofrece un millón de francos si hago patentar mi descubrimiento y le cedo la propiedad. Tenía miedo de dejarme tentar. Ni los míos ni yo somos ricos. Y me ha dicho : Niégate, Pasteur, tu gloria vale más que todo eso : entrega tu descubrimiento a todo el mundo. Indudablemente Bertin es un hombre honrado. » — Comenge ha descubierto cosas muy útiles : desinfectantes nuevos, procedimientos breves para atajar las epidemias más terribles, tesoros en los archivos de las ciencias, métodos para el mejoramiento del hombre... Ha contribuído por modo poderoso a la divulgación de procedimientos suyos y de otros que pudieron ser científicocomercanti-

les : de lo suyo le faltó tiempo para publicarlo ; de lo ajeno hizo sus valiosas campañas gratuitamente. Tuvo en su poder millones de objetos, algunos valiosos, para desinfectar, alhajas y dinero olvidados en la ropa, en un cajón. Ni él ni los suyos tenían dinero y no se dejó llevar por el mal camino. La gente a sus órdenes siguió siempre el buen ejemplo y en largos años no hubo la más leve queja. Comenge era honrado y su honradez fué contagiosa. Sin duda pensaba, como Kant : « Dos cosas excitan en mí una admiración siempre creciente : el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi corazón. »

Paul Domer escribió (1) : « El trabajo hace fácil y placentera la vida, apacigua las penas, ayuda a soportar los males inevitables. Es la varonil y santa ley humana y es la ley social por excelencia. El trabajo es creador de virtud. » — Comenge creía lo mismo y su labor fué intensa, fecunda, casi inconcebible por lo tenaz, por la cantidad y por la calidad de sus obras. Es admirable su producción científica. Pensaba como Franklin : « La llave que se usa a menudo, se conserva luciente como la plata ; no usándola se llena de herrumbre. Así sucede a nuestro entendimiento. » — Comenge no dejó que su clarísimo y potente

(1) *Livre de mes fils.*

entendimiento se enmoheciera en la holganza. Fué un trabajador incansable. Parece que Dómer lo retratara (1) : « La acción, la actividad, el trabajo, son necesarios al equilibrio moral y físico del hombre. — El trabajo es la primitiva y eterna ley humana que a todos se impone por igual. Enaltece y ennoblece al hombre, y es una necesidad para la inmensa mayoría, un deber para todos. — Quien se entrega al trabajo logra con él una independencia, una dignidad de vida, a la cual el hombre ocioso no puede aspirar. »

El estudio, como actividad especial, honra. Balmes lo dijo : « Conviene leer los autores cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado ; así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. — Estos escritores eminentes enseñan no sólo por lo que dicen sino también por lo que hacen pensar. » — Comenge era un estudioso incansable, en todos tiempos y lugares, en circunstancias prósperas y adversas. A esta afición se debe su afán escudriñador. Le conoció bien aquel compatriota nuestro que de él dijera : « Es un verdadero *arqueólogo médico* ; y un libro roto, un papel más o menos legible, un pergamino medio roído por los ratones y empolvado por luengos años, forman su delicia, deleitan su áni-

(1) Loc. cit.



mo (1). » Y si, como dijo Calderón, « la historia es un tratado práctico de frenopatía », no es de extrañar que buscara en lo pretérito enseñanzas para el porvenir. *Curiosidades médicas, Clínica egregia* y otros de sus escritos, especialmente las innumerables « anécdotas », son obra de profundo y elevado valor científico, que enseñan con el ejemplo.

« El buen sentido, ha dicho también Calderón, descubre a veces en las cosas más recónditas puntos de vista nuevos que un hábito del pensamiento, transformado en prejuicios, impide hallar a los iniciados. » — Comenge tenía un gran sentido para orientarse en los asuntos más difíciles y heterogéneos : vayan, como ejemplo, las cuestiones y prácticas sanitarias, y su facilidad para conocer a las gentes, altas y bajas. Le costó no pocos esfuerzos alcanzar esas soberanas alturas de la discreción y amargaron su vida no pocos disgustos y contratiempos. En él se cumplió, más que en otros, la sentencia del genial Quevedo : « Antes de aprender a andar, hemos dado muchos pasos hacia la muerte. »

La perseverancia en lo útil y beneficioso es una condición relevante. César Cantú ha escrito : « No pueden arrancarse las espinas del

(1) *El Genio médico quirúrgico*. 15 de marzo de 1885.

camino de la vida sin ensangrentarse las manos. — ¡Ay del que siembra si llega a desesperarse a cada tempestad que tiene que sufrir! — Condición de la victoria es la batalla. » — Comenge era un perseverante. Las empresas que hubo de acometer, exigieron muchas veces ese valor sereno de la perseverancia. Se orientaba rápidamente hacia lo mejor, y en su camino, que ha sembrado de numerosas obras de misericordia, vencía los obstáculos y seguía adelante. Tenía tres enemigos capitales : los envidiosos, los burocratas y las enfermedades infecciosas, que son tres enemigos del cuerpo y del alma, que suelen aliarse para hacer daño ; y otros enemigos, si no tan capitales, de alguna cuantía : la ignorancia, la rutina y la malevolencia... De uno de los enemigos capitales escribió Quevedo : « La envidia está flaca porque muerde y no come. » La burocracia ha querido detenerlo muchas veces, le ha amenazado, intentó castigarle y no le ha premiado con esplendidez, que era su obligación. Las infecciones, peste, cólera y casi la rabia, hicieron presa de su cuerpo. La ignorancia y la rutina le quisieron cerrar el paso, y hasta la malevolencia, después de muerto, no ya en vida, ha hecho decir a uno que no se atrevería a firmar todos sus escritos. ¡Es indudable! : la firma no podía ir al pie de un trabajo de Comenge que,

por especialísimo e inimitable, nadie lo hubiera creído obra suya ; además, por lo que César Cantú expresó : « Los que están acostumbrados al crepúsculo, aborrecen la luz como perturbadora. »

Boileau escribió hace tiempo : « Cultivad vuestros amigos... seducir y agradar en un libro es poco : es menester, además, saber conversar y vivir. » — Comenge cumplió al pie de la letra el precepto. Seducía y agradaba con sus libros, sabía hablar con toda clase de gentes sin pretensiones de sabio ni humillaciones de esclavo, y vivía en santo consorcio con las gentes más elevadas de las capas sociales y con esas otras ínfimas, casi perdidas en la ciénaga, a las que tanto hubo de tratar en su lucha con las infecciones. He aquí un episodio. La peste bubónica hacía víctimas, en Barcelona, en esos pobres trabajadores que viven colindantes con toda suerte de miserias, cuando no están encerrados en el infranqueable círculo de ellas. Había que inmunizar a estas gentes en silencio, tranquilamente y por voluntad propia. Pocos se prestaron ; casi todos se burlaron, amenazaron o se negaron. Sólo Comenge, Comenge sólo, lo digo dos veces, era capaz de convencerles, y con cariño, con pláticas, con halagos, con razones, como pudo, en una taberna, sobre un montón de estiércol, en

un sótano mortífero, les llevó al convencimiento. Uno, creo que gallego, se negó en redondo, y Comenge, como no haciéndole caso, le vuelve la espalda, se dirige a otro y le dice : « Ven acá, tú, que ese no quiere que le pinche porque es un cobarde. » Momento difícil, que pudo acabar en tragedia. El rebelde, subyugado por aquel rasgo, se levanta airadamente la manga de la camisa y con aire de matón le dice : « Pinche usted cuanto quiera, que yo no soy cobarde. » Los demás siguieron presentando el brazo. Y esto, en pequeños lotes, hasta unos 8,000 inoculados. ¿Es posible más acierto, más habilidad, un trato más oportuno? Era un hombre delicado, caballeresco, que se metía en el alma con sus ademanes, las inflexiones de su voz, el cariñoso acento, y cuyo rostro y miradas expresaban un ardiente convencimiento, una voluntad que había de salir vencedora. Era un apóstol de esas turbas incrédulas, bien distinto de aquellos norteamericanos que vacunaron a los portorriqueños amenazando con las armas, con las multas o con la cárcel hasta quebrantar la absurda obstinación. Es cierto que algo tuvo que lamentar de lo que escribió Ovidio: «Mientras seas feliz, tendrás muchos amigos. Si el cielo se nubla, quedarás solo.»

La abnegación, el sacrificio sublima los hombres. Esta heroicidad moral convence y arrastra ;

sólo los perversos suelen substraerse a su potente influjo. El abnegado tiene gran ascendiente y goza de un bienestar inmenso. « Si haces alguna buena obra o virtuosa con fatiga, la fatiga pasa y la bondad queda ; pero si haces alguna cosa mala o vil con placer, pasa el placer y queda la maldad » (1) (Aulo Gelio). — Comenge estaba siempre presto al sacrificio ; consagró su vida entera al bien y al cumplimiento de trascendentales deberes, de aquellos bienes y deberes que más engrandecen la dignidad humana sin que la soberbia la empañe ni aun de lejos. En pro de cuantos lo necesitaron se entregó con todos los frutos de su gran talento, su constancia, su afeblidad, sus recursos no muy sobrados, sus modestas joyas recuerdos de familia, su actividad, su sueño, su alma, su vida. Esto es altruísmo santo y puro, en el que no intervenían recompensas, a pesar de lo merecidas. Una vez, ponderando yo ese espíritu abnegado, me dijo con esa llaneza que le caracterizaba : « He trabajado algo con buena fe y sin provecho ni para mí ni para los míos. » No hacía el bien como un inconsciente o uno que espera algo provechoso. Su obra era consciente y estaba al abrigo de toda sospecha.

(1) *Donec eris felix, multos murabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.*

La modestia era una de sus cualidades más sobresalientes. Trabajaba mucho en todos conceptos y jamás se le ocurrió enorgullecerse de su gran valía : ni cuando era aplaudido frenéticamente por sus benéficas acciones, ni cuando el dorso de sus manos era cubierto de besos y regado con las lágrimas de los agradecidos. Parecía que todo su ser estaba saturado de esa discreta sentencia que dice : « La soberbia es hija de la ignorancia, y la modestia de la sabiduría. » Un escritor tan conciencizado como Pulido no ha vacilado en decir, al hablar de los generosos sentimientos de Comenge, de sus innúmeras obras bienhechoras, de su modestia, « que parecía tocado de santidad » (1). — Sí, Comenge era modesto como pocos. Tenía demasiado lastre para dejarse llevar por las ráfagas de lo pretencioso y de lo fatuo.

La afectividad de Comenge se asemejaba a una cascada que empezaba en la esfera divina y concluía en las más míseras capas de la humanidad. Parecía esculpido en su conciencia lo escrito por el doctor José Leopoldo Feu : « En los planes superiores de la Providencia no queda olvidada jamás la causa de los justos. Al través de las borrascas y remolinos sociales, gustan ellos, por

(1) *El Siglo Médico*, 22 enero de 1916.

anticipado, el dulzor de la vida eterna.» Parecía también que al despertar cada mañana, exclamaba : « ¡Hoy quiero ser mejor que ayer! » Y lo era, porque su afectividad crecía a diario como crece el diámetro de las ondas sonoras a medida que se van alejando del punto de origen. — Comenge era afectivo, cariñoso, simpático, « de trato angelical » ; transigía sin enfado ; complacía en cuanto no repugnaba a su conciencia.

En esta atmósfera de ternura y sentimentalismo vivía y evolucionaba. Las principales facetas de su afectividad merecen ser presentadas.

Comenge era creyente como pocos, pero su misma cordura y su modestia le apartaban de ciertas manifestaciones. Como Concepción Arenal, entendía que « no es más religioso el que más habla de Dios, sino el que menos le ofende ». Y la vida de Comenge fué un himno sin palabras, expresado por esa multitud de actos benéficos, verdadera ofrenda hacía la Divinidad. Comenge hablaba con los hechos y no movía los labios. Obras son amores. El que ama el bien, ama a Dios. Comenge lo amaba intensa, entrañablemente, porque sí. ¡Amar y no hacer daño! ¿Cabe nada más hermoso? Otra vez salta por entre estas líneas el « tocado de santidad » de Pulido.

En su hogar era un marido modelo. Afable, circunspecto, halagador, había llegado a esa rara fusión de almas entre el esposo y la esposa, de que tanto se habla y que tan pocas veces se realiza. Casado con esa bendita Julia el día 29 de julio de 1887, a las once y media de la mañana, en la parroquia de San José, de Madrid, dice de ella... Titubeo no poco al expresar lo que él escribe; pero, ¿por qué callar? Han llegado a mis manos, como para tentarme y convencerme, unos apuntes íntimos que, sin mi perdonable indiscreción, quedarían ignotos. Pido perdón a los deudos, pero en nombre de la verdad y de la justicia hablo, poniendo de manifiesto lo que parecía destinado a no ser sabido,

La conoció el día 19 de octubre de 1881 en una fiesta campestre. «Muy hermosa, de excepcional talento, y de una dulzura y amabilidad de trato que superan a todo elogio, ¡vaso áureo de virtudes!» Años más tarde, en 1900, consigna... «sigue amantísima madre y esposa, es una santa mujer, angelical persona, que sólo vive y piensa en los demás; no hay forma de enfadarse con ella». — Posteriormente, en 24 de diciembre de 1902, con motivo de un obsequio que la hizo en Navidad, escribe la siguiente dedicatoria: «A Julia, la más brillante y hermosa estrella en la constelación de las virtuosas, agradables cons-

telaciones del Hacedor, su esposo, L. Comenge.» Y este hermoso idilio ha seguido, sin eclipses, hasta que la muerte lo interrumpiera. ¿Quién sabe si no lo habrá logrado? Ella ama como siempre y sufre como nunca; él seguirá amando y esperará una nueva unión interminable en regiones más puras.

Es indudable que este apacible ambiente doméstico pudo influir mucho en el porvenir de Comenge. En su hogar encontró siempre el sosiego y el bienestar. De otra suerte, ¿quién sabe lo que hubiera ocurrido? « Se comprende que vayan desolados en pos de las diversiones públicas aquellos que no encuentran la paz en el interior, ni la calma en el seno de la familia.» (P. Leopoldo Feu.)

Comenge no tuvo hijos. Cuando habla de Julia madre, se refiere al hijo de ésta, habido de su primer matrimonio, el hoy don Luis de la Tapia. Le quería tanto como si fuera propio. De él dice, y basta con un párrafo de los apuntes: « Es un niño ejemplar, por lo bueno y dócil; tiene el genio de su madre; le adoro y le quiero desde que tenía dos años... » Este sentido afecto no ha menguado en lo sucesivo; si era posible lo aumentó, y a la verdad era bien merecido.

De su padre ha dicho: « Fué siempre hombre recto, amable, de modales distinguidos, de gran

memoria, aplicación sana, vasto talento, orador elocuente y médico escritor de los más notables de su tiempo. Es y ha sido modelo de esposos y de padres.» Transcribo estas líneas para que no siga cundiendo la fábula de que distaba de ser el buen hijo para su excelente padre. (Véase *Nota I.*)

De su madre, doña Elena Ferrer, siempre que habla de ella la denomina «mi buena madre.» (Véase *Nota II.*)

Para sus hermanos emplea de continuo frases cariñosas, y de su hermano político, el excelentísimo señor Presidente de esta Audiencia territorial, don José Catalá, en cuantas veces hemos hablado de él lo ha hecho constantemente con tanto afecto como respeto, considerándole como un hombre de gran mérito por su inteligencia y honradez. (Véase *Nota III.*)

Su valía, sus conocimientos, su decir encantador, su nervosismo atrayente, esa especie de sana ironía, no molesta, que a las veces daba a sus conversaciones... no sé que más, le granjearon, por una especie de poder sugestivo, muchas y grandes amistades. ¿Quién de vosotros no gozó de su afecto? Apreciaba en principio a todo el mundo y era preciso se convenciera muchas veces de que algunos no eran adaptables a sus nítidas intenciones, para que se apartara de ellos,

sin aborrecimiento, pero sí con pena, esa pena con que los sanos y fuertes ven a un mutilado, a un deforme, a un degenerado, a un enclenque. Entre estos innúmeros amigos fueron sus predilectos Pulido, Bertrán Rubio, Sentiñón y otros muchos, entre los cuales me honro en figurar. Pero su amistad grande, especie de engranaje moral e intelectual, fué con Suénder, Letamendi y Pi Molist. De esta amistad salieron grandes destellos científicos y sentimentales. Suénder le quería entrañablemente, Letamendi decía que su afecto era « paternal » y Comenge le contestaba en broma : « gloriosas vejeces ». Pi y Molist lo creía el mejor escritor de nuestros tiempos, y a fe que Pi era un número uno. De esta amistad brotó la « Estafeta de los muertos » y ella condujo a un homenaje a Letamendi, en forma de libro, redactado por treinta y nueve amigos, capitaneados por Comenge, homenaje tributado el día de San José de 1893 (festividad onomástica de Letamendi), al cual contestó con una de sus obras geniales. (*Nota IV.*)

Los apuntamientos que hasta ahora he hecho llevan a las afirmaciones siguientes : Comenge era honrado, trabajador, estudioso, de buen sentido, perseverante, agradable, abnegado, modesto, afectivo, creyente, ejemplar esposo, padre modelo, hijo excelente, amigo apreciable... Este

conjunto de condiciones, cantidades homogéneas, demuestra su bondad, y la suma de ellas dice que ante todo y sobre todo era un hombre bueno, y como bueno grande. « Si me preguntan cuál es el hombre más grande del mundo diré que el más bueno ; si me preguntan cuál es el más bueno, diré que el que más beneficios haya hecho a sus semejantes, sin hacerles nunca daño. » « Quien tal dijo, si le hubiera conocido, diría : Comenge es de los hombres más buenos.

Comenge era algo más que bueno. Tenía una voluntad firme, férrea, gracias a la cual supo vencer situaciones difícilísimas : enemistades, prejuicios injustos, asaltos a traición, rudeza de los unos, barbarie de los otros, ignorancia de muchos. « Dichosos los que al final de laboriosa carrera pueden verdaderamente decir como el ilustre Pasteur : « ¡He hecho lo que he podido! » (1).

Y Comenge hizo mucho, muchísimo, sin desmayos, sin vacilaciones y siempre hacia el bien, como la punta de la brújula se dirige al Norte. Su voluntad no era la inconsciente de un impulsivo : era el producto de la bondad y de un talento portentoso.

Comenge era algo más que bueno, y algo más

(1) Fournet : *Revue hebdomadaire*, 7 de febrero de 1914.

que un volitivo. Su inteligencia llegaba a alturas majestuosas.

Como pocos ha sido alabado en vida : a los unos les encantaba el modo de decir, a los otros el de pensar, a muchos la facilidad con que encontraba en las capas de la historia datos preciosos que no fueron antes advertidos ; a buen número la sutileza de su ingenio, la profundidad de las ideas... Cada párrafo, cada línea, a las veces, despertaban la admiración del lector o del oyente ; con avidez se ansiaba su intervención en cualquiera materia científica. Sus obras y sus procedimientos no tardaron en traspasar montañas y mares, y Europa y América aplaudieron más de una vez al sabio español.

Muerto, las alabanzas continúan y de toda España y de otras naciones han salido lamentos de pena y tributos de justicia. Entre otros, que son muchos para exponerlos todos, Pulido dijo : « Yo no sé de ningún otro que le igualara, cuanto menos que le superase » (1). Toda la prensa médica española, y una gran parte de la política y literaria (2), ha expresado su dolor por el irreparable quebranto ; gran número de corporaciones ha dado pruebas patentes de su duelo... Y más

(1) *El Siglo Médico*, 22 enero de 1916.

(2) *Cvaders d'estudi*. Revista especialment dedicada a mestres i professors. Febrero de 1916.

allá de nuestros límites nacionales, el eminente biólogo Alberto Mary (véase *Nota VI*) y más lejos todavía Víctor Delfino, en la *Semana Médica*, de Buenos Aires (véase *Nota VII*), y otros muchos más, rinden a su memoria sentidas manifestaciones de admiración y dolor. No sigo por este camino, que es muy largo. Para mi objeto basta con apuntar estos hechos, todos contestes en la gran valía intelectual de nuestro estimado consocio. Ellos lo demuestran por modo indubitable.

Comenge sabía mucho de nuestras ciencias y de otras más, como la Filosofía, la Historia, la Sociología... En nuestras tantísimas pláticas encantaba la rapidez y la finura con que respondía a mis interrogaciones sobre diversas materias. Era para mí el ejemplo más expresivo del « instruir deleitando ». Con él siempre se aprendía con goce inmenso. No se tocaba una tecla de su intelecto sin producir la nota justa y armoniosa. Sabía de todo, no sólo de aquello en que la mayoría le ha reputado peritísimo. Más de una vez vino a mi memoria una genial frase de Letamendi a propósito del poliglottismo de Sentiñón: « A Sentiñón no hay que preguntarle, ¿conoce usted esta lengua?, sino decir : ¿señoras lenguas, conocen ustedes a Sentiñón? » Frase, mejor dicho, concepto, aplicable a Comenge y a las Cien-

cias. Si su erudición era inmensa, no le iba a la zaga su originalidad. Sabía ciencia y fabricaba ciencia. No era, como dice Balmes en su *Criterio*, un hombre-almacén ni un hombre-fábrica : a la vez era fábrica y almacén. Así se explica bien que sus numerosos trabajos científicos y literarios fuesen tan precisos y tan profundos, que se le llamara peritísimo, *némine discrepante*. De su sabiduría nadie ha dudado. El doctor Salcedo escribió que de Comenge podía decirse, como del famoso Pico de Mirandola, « que sabe todo lo que puede saberse y algo más » (1).

Su inventiva se ha extendido en varios terrenos: en los procedimientos sanitarios, en la organización o creación de varios centros e instituciones científicas y benéficas, en la actuación ante problemas enmarañados y, por modo especial, en las artes gráficas. En varios conceptos se adelantó a los extranjeros. Como pocos supo hacer objetivos, mediante líneas, planos, mapas, etc. los detalles y las síntesis de muchos hechos biológicos. Son muchas las colecciones geniales de trabajos demográficos que le valieron aplausos y honores. Hoy constituyen una verdadera riqueza, parte de la cual existe en varias dependencias, y parte la posee la familia, que

(1) *Le Correspondant Médical*, abril de 1914.

la conserva como sagrado depósito. Al decir inventos, queda bien expresado que no se trata de imitaciones, sino de obras originales, superiores a las más alabadas de España y del extranjero.

Saber e inventar son condiciones loables, pero si a ellas se une galante y simpática exteriorización, el mérito es mayor ; y, si como en el caso de Comenge, esta exteriorización es excepcional por lo hermosa, el mérito es máximo. Y máximos fueron todos los procedimientos de exteriorización de que se valiera el sin par Comenge.

Como escritor era un prosista de valor extraordinario. Lo alabaron los extranjeros ; lo alabaron, entre los nuestros, nada menos que Menéndez Pelayo, Letamendi, Pi y Molist, esos grandes maestros del bien decir. Pulido ha dicho : « Uno de los primeros escritores médicos españoles del siglo XIX. » Sus escritos tienen una característica tan especial, son tan correctos y brillantes, que la firma no hace falta para conocer al autor. Son siempre interesantes y siempre amenos. Cervantes hubiera suscrito con deleite algunos de sus trabajos. Su cervantismo no era imitación, que ésta nunca es perfecta y no pocas veces es violenta. Escribía así porque no sabía de otro modo. Si hubiera pretendido bajar el tono de su vibrante y castizo estilo, lo hubiera

deshecho. Escribía flúida y correctamente, sin enmiendas ni rebuscados giros, tal como salía, cual se escapa el agua juguetona y alegre cuando se abre la llave que la contiene.

Algunos han dicho que debiera haber sido el Presidente de la Real Academia de la Lengua, para que se cumpliera con todo rigorismo el lema : « Limpia, fija y da esplendor ». Es cierto que a las veces, muy pocas, se valió de giros especiales y de neologismos para sus ideas. Es el torrente espiritual que rompe los diques que lo contienen. ¿Defecto? No. ¿Soberbia? Tampoco. Es que no cabía en el cauce ordinario y hubo de arrollar obstáculos, para que no quedaran sus ideas empantanadas en el cerebro.

En sus obras se cumple lo que Montaigne formulara : « Un lector capaz descubre con frecuencia en los escritos de otros más perfecciones que las que el autor ha puesto, y las ha percibido y las presta sentidos y aspectos más ricos. » Cuanto más se las lee, más se aprende y más bellezas se encuentra.

Su estilo es atrayente y simpático. Se impone por lo sencillo, lo cortés y lo justo. Hasta cuando es mordaz es tal su finura, que no ofende : enseña alegremente, Solía ocurrírsele la traviesa idea de aparecer escéptico, y ciertamente no lo era ; se proponía con ello castigar, dejándolo mal

parado, el escepticismo de los otros. Así daba una lección cariñosa en el mismo terreno en que estaba la ignorancia.

En cambio, cuando se trataba de esos hechos que al alma llegan, lastimándola, revolvía la ternura con la fiereza. Compadecía la desgracia y se volvía airado contra las injusticias. Sirva de modelo ejemplar lo consignado en la *Nota VIII*. La sentenciosa declaración de Girard : « El acero de un cuchillo no me da miedo, pero el acero de una pluma me aterra » (1), lo habían pensado algunos de Comenge antes de que aquél lo escribiera.

Salvo casos muy excepcionales, su norma fué el mayor comedimiento, revelador de una exquisita cortesía y urbanidad, elementos de que se valió para la difícil convivencia social. Tendía instintivamente a lo bello, a lo útil, a lo bueno. Por eso estaba tan encariñado con la Higiene.

Su oratoria corría parejas con sus escritos. Amena, fácil, convincente, tomaba en oportunas ocasiones un tono humorístico y hasta ligeramente sinapizante. Esta salsa de su gratisima exposición no llegaba a causar molestias ; era una advertencia amistosa y culta, que hacía más sim-

(1) *Der Bund*, 9 de marzo de 1916.

pática su labor. Encantaba oírle. Así como de humilde choza puede salir un héroe, de aquel cuerpo tan pequeño salían a torrentes los efluvios de un alma bella y grande. Hablaba con precisión, sereno y tranquilo, como si estuviese platicando con los suyos y dando a su voz unas inflexiones tan oportunas que el auditorio era arrastrado gustosamente; a las pocas palabras no había oyentes: todos eran admiradores, una parte sugestionados, una parte convencidos por aquel bien discurrir y aquel hermoso decir. Como ejemplo véase *Nota IX*.

Sintetizando. Comenge fué un hombre bueno como pocos, un volitivo consciente del bien, un talento extraordinario, un escritor modelo y un orador de gran mérito. En otras palabras: un hombre de los que honran a la humanidad, una figura que se destaca de las muchedumbres por sus grandes cualidades, un ejemplo que nuestro presente entrega a lo porvenir para enseñanza y espejo. Don Quijote dijo: «Sábetе, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro.» Comenge hizo más, muchísimo más que otros; por eso es más que otros hombres, que otros muchísimos hombres. Un gramático diría: no es un singular, es un plural de relevantes condiciones.

II

Bosquejo biográfico

Nació Comenge en Madrid, calle del Ave María, 24, principal, el día 17 de febrero de 1854 y fué bautizado con los nombres de Luis, Enrique, Julián, Fermín (*Nota X*). Es coincidencia notable que en esa misma casa, después de recorrer su padre pueblos y ciudades, acabara la carrera (1).

De su historia escolar hay bien poco que decir (*Nota XI*.) Mi larga experiencia en el profesorado y la observación de muchísimos de los que fueron mis alumnos, me han dado elementos sobrados para clasificarlos en cuatro grupos : primero, escolares que fueron sobresalientes y

(1) Tomo parte de estos datos de las memorias íntimas escritas por e mismo Comenge y de un artículo necrológico publicado en la *Revista valenciana de Ciencias médicas*, por Frutos Rábena, seudónimo del inteligente y laborioso médico valenciano don Faustino Barberá.

que así continuaron toda su vida ; segundo, medianos desde el comienzo y medianos hasta el fin ; tercero, sobresalientes en las aulas y luego deprimidos, holgazanes o desgraciados ; cuarto, regulares, cuando no medianos, durante la carrera y, a poco tiempo, sobresalientes como ellos solos. A los últimos corresponde Comenge. Del nivel del suelo ascendió hasta convertirse en sumidad florida. Excelentes máquinas, que no se ponen en movimiento hasta que las circunstancias o el medio les dan impulso. Una vez en marcha, dejan bien probadas sus óptimas condiciones. Tensión grande, pero oculta : no impotencia.

Tal vez contribuyeron a su escasa actividad por entonces las agitaciones políticas de aquella época y sus aficiones a determinadas ideas a la sazón predominantes (1), y tal vez su carácter alegre y sus agudezas le hacían malgastar sus energías, como escapes de vapor, en empresas de poca monta.

Ello es que, salvo cierta predilección por las llamadas letras, sentía más aversión que afecto hacia las ciencias, especialmente las matemáticas, en las cuales, lejos de brillar, se apagaba su poderosa inteligencia. ¡Quién había de decir que

(1) Concurría asiduamente con Luis Simarro, Escuder, Morote, etc. al « Centro republicano popular » de la Plaza de San Esteban.

este mal matemático había de manejar con tanto donaire y en tan gran escala los números y las líneas!

Llegada la hora, a las nieblas densas sucedió la claridad y, poco a poco, se fué elevando el gran sol de su inteligencia para recreo y provecho de muchas gentes, para ser la salvación de millares de personas. Bien lo prueban sus trabajos en los primeros años que siguieron a su doctorado.

El tránsito de lo mediano a lo grande, al fin fué hecho. Por una de esas coincidencias sorprendentes, aquel espíritu bullicioso y alegre se dedicó a oftalmología, en aquellos tiempos una de las más ingratas y de las más atrasadas especialidades. En ella tuvo cierto renombre, como lo tuvo luego en obstetricia y en medicina general, hasta el extremo de que fué considerado como un clínico muy experto por los compañeros madrileños.

Su prestigio fué mayor cuando le dieron el cargo de Director médico de la fábrica de tabacos de Madrid, especialísimo medio en que hubo de desplegar su poderoso talento y su espíritu caritativo por modo tan cuantioso y oportuno, que no fué para sus clientes un médico, sino el protector y el amigo. Así inició su inagotable abnegación, que le condujo más tarde, y por largo tiempo, hasta la muerte; allí empezó el « hé-



roe vencedor de nuestras epidemias » (Pulido) y el defensor incansable de las numerosas vidas que se le confiaron.

Si algo malo había hecho, que no lo creo, desde entonces cambió de rumbo y siguió a la letra el precepto de Aristóteles : « La más necesaria de todas las ciencias es la de saber olvidar lo malo que una vez se aprendió. »

Para completar la metamorfosis que se iba operando en su espíritu, tuvo la dicha de conocer a Julia, dulce, afable, inteligente. El cambio fué completo. Nunca se pudo decir mejor que la mujer hace al hombre. Comenge fué encauzado en la buena senda. Acabaron las vaguedades, los desvíos de su corriente psíquica y quedó investido de doctor en la más grande de las Universidades sociales, en la Universidad doméstica. Un solo profesor, sin más disciplina que el cariño, lo condujo al pináculo de la gloria. Aquella buena materia caótica que ya había llegado a nebulosa bien aparente, se fué convirtiendo en astro de primera magnitud en el firmamento de la ciencia y en el firmamento de la caridad. Se realizó el milagro, en buena parte debido a la incomparable Julia. Comenge lo reconocía ; por eso su cariño hacia la sin par esposa, de puro grande, colindaba o penetraba en los confines de la idolatría. Con él no rezó, en éste ni en ningún

otro caso, el conocido pensamiento que expresan estas palabras : « El egoísmo y la envidia son vicios detestables que empuerqueñecen al hombre ; pero la ingratitud le rebaja a tal extremo, que bien pudiera considerársele como descartado de la especie. » Comenge se mostró siempre agradecido a su esposa.

Hay hechos providenciales. Si aquella magnificencia « comengiana » se queda en Madrid, hubiera alcanzado, de haber justicia, uno de los primeros puestos, si es que no el primero, en el régimen sanitario de España ; pero quiso la buena fortuna, para nosotros, que el eximio alcalde señor Rius y Taulet, que andaba en los difíciles pasos de la política y en los arriesgados y peligrosos de la Exposición Universal de Barcelona, anheloso de ir adelante en la magna tarea, se le ocurriera fundar el periódico *El Barcelonés* y confiar su dirección a Comenge, el día 17 de septiembre de 1887, a los dos meses escasos de matrimonio.

Cumplió bien su cometido como periodista y como amigo, pero sus aficiones no iban por estos senderos. Estaba más en su medio en las difíciles tareas de mirar por la salud pública, al ser nombrado Médico Auxiliar del Laboratorio microbiológico (8 de noviembre de 1877, oficio del 17) ; poco después Vicedirector del mismo

(abril de 1888) y algo más tarde, por reformas hechas en los servicios sanitarios, Director de la Sección de Higiene práctica (30 de junio de 1891) (*Nota XII*), en las cuales o en instituciones análogas quedó vinculado para el resto de su vida.

En cerca de treinta años que ha estado entre nosotros asombra, por lo grande, por lo hermosa, por la cantidad, por la calidad, por todo lo que es digno de aplauso, la labor que ha realizado. Su bondad y su talento han engendrado ópimos frutos. Unos de estos frutos dejaron la semilla en buen terreno, otros la depositaron en medio indiferente o en medio hostil. De todos modos, los que prendieron y fructificaron harán impecederlo el nombre de Comege. Su nombre quedará grabado en el corazón de los agradecidos y en la mente de los científicos; más tarde lo consagrará la historia al esculpirlo entre los impecederos, entre los escasos del grupo denominado *Vir bonus, sapiendi peritus*.

Comege resiste largos años un trabajo intensivo y de grandes responsabilidades; lucha y vence a las más cruentas epidemias; enferma de varias de ellas y las domina; es molestado por ese calamitoso grupo de los psíquicos inferiores, tan malos como pertinaces; tropieza no pocas veces con las indiferencias o con las per-

secuciones de las autoridades... Al fin, aquel cuerpo, tan maltratado, decae progresivamente, sin que por esto menguaran su excelsa inteligencia y su bondadoso corazón, se va acercando a la muerte sin darse cuenta del peligro, enferma y sigue trabajando asiduamente en la poco higiénica zona donde se instaló el hospital de infecciosos, en el cual fueron aislados los enfermos de viruela. Y él que pudo más que la peste bubónica, que el cólera y quizá que la rabia, es vencido por la vulgar grippe, lo que él llamaba, con los clásicos médicos españoles, « catarro epidémico ». Recorre esta infección todo su cuerpo, que no presenta resistencia alguna, se posa en el pulmón (neumonía grippal), para que no luzca nunca más su oratoria inimitable, y, reducido al silencio, apaga luego aquella poderosa inteligencia ; acaba el orador y acaba el pensante egregio, y para que nada reviva, inmoviliza para siempre el corazón del hombre bueno. La muerte, tantas veces vencida por él cara a cara, se apodera subrepticamente de aquellos despojos el día 12 de enero de este año (1916).

La victoria de la muerte fué mezquina y sin gran esfuerzo. En otro tiempo le acometió varias veces con más bríos y más nocivas armas y no pudo arrebatarlo. En el Código penal se calificaría este traidor homicidio de alevoso, preme-

ditado y con ensañamiento. En la conciencia humana no hay calificativo posible.

Queda un vacío que no se llenará con las lágrimas inagotables de sus deudos y en especial de la inconsolable viuda, ni con la inmensa pena que sienten sus innúmeros amigos y admiradores, ni con el dolor intenso de todos los agradecidos, ni con el ambiente de tristeza que dejó en esta Academia, ni siquiera con el olvido, capaz de nivelar depresiones y alturas. Pero la muerte orgánica no es la muerte definitiva en este caso. El vive en la conciencia de todos hoy ; mañana vivirá en la historia. Tenía derecho al descanso. ¡Que lo goce eterno el sabio, el bueno, el modesto Comenge!

¡No lloremos! ¡Dejó de sufrir y de luchar
Ahora vive mejor.

III

Sus obras y sus cargos

Si para admirar a Comenge no quiero que nadie me pase por delante, para trazar lo que hiciera soy el último y me veo perplejo, no obstante los auxilios que he solicitado y conseguido. Declaro sin ambages que no soy capaz de hacer la crítica de sus obras, ni siquiera el inventario completo. Y no es por falta de tiempo ni de voluntad : es porque la tarea es superior a mis fuerzas. Mas dado el deseo expresado por esta Academia de que yo fuera el que hablase en nombre de ella en esta triste sesión, no cabían negativas ni siquiera titubeos : antes la derrota que la retirada. He hecho lo que he podido, no lo que quisiera y lo que Comenge merecía.

Como norma general, seguiré el orden cronológico, pero como en estos asuntos no siempre es el más oportuno, alguna vez he de abandonarlo.